

Epístola para el duodécimo domingo después de la Trinidad

2 Corintios 3:4-11

“Esta confianza la tenemos mediante Cristo para con Dios. No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios, el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu, porque la letra mata, pero el Espíritu da vida. Si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa del resplandor de su rostro, el cual desaparecería, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu? Si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación, porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente. Si lo que parece tuvo gloria, mucho más glorioso será lo que permanece.”

1. Esta Epístola suena completamente extraño e inusual a los que desconocen la forma en que hablan la Escritura y San Pablo, de modo que el oído y corazón sin experiencia no la puede entender. Antes, en el papado, esto no se ha entendido para nada, aunque se leían las palabras.

2. Si se debe entender esto, primero tenemos que comprender un resumen de lo que quiere hablar San Pablo. Quiere alabar y glorificar el oficio de la predicación del evangelio que tiene contra la jactancia sin valor de los apóstoles y predicadores falsos de su espíritu y habilidad y dones especiales, etc. Especialmente en la iglesia en Corinto, que él había convertido por su propia boca y traído a la fe en Cristo, experimentó que, pronto después de su partida, el diablo metió su sectarismo entre ellos, por el cual fueron alejados del entendimiento y la actitud correctos y fueron atraídos a otras cosas.

Tuvo que pelear contra esto, y dirigió ambas epístolas para guardar a los corintios en el camino correcto, para que se quedaran con la enseñanza verdadera que habían recibido de él y se cuidaran de sus espíritus falsos. La razón principal que lo motivó a escribir esta Segunda Epístola fue que tuvo que jactarse de su oficio apostólico y predicación e impactarlos con ello, para refutar la jactancia que otros afirmaban con muchas palabras y pretensiones.

3. Poco antes de este texto, comienza a hablar gloriosamente del oficio de predicar el evangelio y compara y contrasta las dos clases de oficio o predicación que se puede hacer en la iglesia (conque la gente quiera predicar la palabra de Dios y no invenciones humanas falsas y sin valor y enseñanza diabólica). Una es el Antiguo Testamento, y la otra es el Nuevo; o una es Moisés y el oficio de la ley, y la otra es el oficio de predicar el evangelio acerca de Cristo. Muestra cuál es la gloria y el poder de esta en contraste con la primera, que, por supuesto, también es la palabra de Dios. De esta forma repulsa

la predicación y las aserciones de los espíritus seductivos que (como dijo antes) falsifican la palabra de Dios y se jactan mucho de la ley de Dios, cuando están en lo mejor; sin embargo, no enseñan su uso correcto, sino solo alejan a las personas de la fe en Cristo dirigiéndolas a sus propias obras.

4. Sin embargo, desarrolla estas palabras de las anteriores con las cuales comienza el tercer capítulo. Por esto, debemos repetir las palabras en las cuales dice:

“¿Comenzamos otra vez a recomendarnos a nosotros mismos? ¿O tenemos necesidad, como algunos, de cartas de recomendación para vosotros o de recomendación de vosotros? Nuestras cartas sois vosotros, escritas en nuestros corazones, conocidas y leídas por todos los hombres. Y es manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón.” (2 Corintios 3:1–3)

“Nosotros, yo y mis compañeros los apóstoles y los asistentes, no deseamos”, dice, “letras y sellos con que seríamos recomendados a ustedes por otros, ni por ustedes a otros, de modo que pudiéramos ser respetados por ustedes o las otras iglesias y así mal guiar a la gente, como lo hacen los falsos apóstoles”. Esto todavía sucede con muchos que publican cartas y testimonios de predicadores e iglesias verdaderos para que la gente los crea cuando luego comiencen su sectarismo. “Nosotros, ¡alabado sea Dios!, no necesitamos tales cartas, ni tienen ustedes que temer que les engañemos con tales cosas. Ustedes mismos son la carta que nosotros hemos hecho, de que nos gloriamos, y que manifestamos a todos. Es públicamente conocido que ustedes han sido enseñados por nosotros y fueron llevados a Cristo por nuestro oficio de la predicación”.

5. Debido a esta obra y testimonio público, que ellos mismos conocen, de cómo les hizo una iglesia por su oficio de la predicación, les llama “una carta” escrita por él, pero no con tinta ni letras rojas, no en papel ni madera ni grabadas en piedra dura (como Moisés manifestó al pueblo sus Diez Mandamientos escritos en tablas de piedra) sino escritas en sus corazones suaves de carne con el Espíritu Santo. Esta es la tinta o la escritura, sí, aun el escritor mismo. Sin embargo, el estilo o la pluma y la mano del escritor es el oficio de la predicación de San Pablo.

6. Este hablar de una carta y escritura, sin embargo, se toma del uso de la Biblia. Moisés hasta mandó que deberían escribir los Diez Mandamientos en dondequiera que estaban, en los postes y dinteles de sus casas, y siempre tenerlos delante de sus ojos y en sus corazones (Deuteronomio 6:6-9; 11:18.20), Asimismo, Salomón dice: “Guarda mis mandamientos y vivirás, y guarda mi enseñanza como a la niña de tus ojos. Átalos a tus dedos, escríbelos en la tabla de tu corazón” (Proverbios 7:2–3). Habla como un padre con sus hijos, cuando lo manda a guardar algo con mucho cuidado, y dice: “Querido hijo, recuerda esto, y no lo olvides”. Asimismo: “Guarda esto en tu corazón”.

Dios habla de la misma manera en el profeta Jeremías (31:33): “Pondré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón” (Jeremías 31:33). Aquí el corazón humano se describe como una carta o tabla o un libro en el que se escribe la palabra que se predica,

y el corazón debe recibir y retenerla. “Así nosotros también”, dice San Pablo, “tenemos escrito por nuestro oficio de la predicación un libro o una carta en sus corazones, a saber, que creen en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y saben que son redimidos y salvos por medio de Cristo”, etc. Esta es la escritura puesta en su corazón, que no está en letras pintadas con tinta o gis, sino los pensamientos, las pasiones y las emociones vivas del corazón.

7. Debemos notar, sin embargo, que dice en estas palabras que estaban preparados y que sus corazones son descritos como “una carta viviente de Cristo” por su oficio de la predicación. Este está en contraste con el sueño y la ceguera de los espíritus fanáticos que buscan y sueñan acerca del Espíritu Santo sin la palabra oral. Cuando se arrastran a un rincón en alguna parte y tratan de acoger el Espíritu con sus pensamientos, alejan a la gente de la palabra predicada o el oficio externo de la predicación. Pero San Pablo dice que el Espíritu ha obrado en sus corazones por su predicación en tal forma que Cristo es viviente y poderoso, etc. Por estas palabras prorrumpe y comienza a alabar el oficio de la predicación, comparando la letra o predicación de Moisés con su predicación o la de los apóstoles. Ahora dice, además:

“Esta confianza la tenemos mediante Cristo para con Dios. No que estemos capacitados para hacer algo por nosotros mismos; al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios,” (2 Corintios 3:4–5)

8. Está atacando y cortando a los falsos apóstoles y predicadores, porque es un enemigo mortal de tales miserables que dicen y afirman grandes cosas que no tienen ni hacen ni pueden hacer. Se jactan mucho del Espíritu y tratan de auxiliar y ayudar al mundo entero; se jactan de que pueden imaginar algo nuevo y que lo que ellos sueñan en sus cabezas no es nada sino cosas altamente preciosas, celestiales, como los sueños de nuestro Papa y monjes antes han sido.

“Eso no lo hacemos”, dice. “No confiamos ni edificamos sobre nosotros mismos ni sobre nuestra sabiduría ni capacidad. Tampoco predicamos lo que nosotros mismos hemos imaginado, sino nos jactamos de y confiamos de que por medio de Cristo ante Dios les hemos hecho una carta divina y hemos escrito en sus corazones no nuestros pensamientos, sino la palabra de Dios. Así nos jactamos no de nuestra propia actividad ni habilidad, sino de Aquel que nos llamó a este oficio y nos capacitó, de quien viene todo lo que han oído y creído”.

9. Cada predicador debe tener esta jactancia de que está seguro y su corazón confiadamente puede decir: “Tengo esta seguridad y valentía hacia Dios en Cristo de que mi enseñanza y predicación es realmente la palabra de Dios”. Así también, cuando realiza otros oficios en la iglesia, tales como bautizar a un niño o absolver y consolar a un pecador, esto también debe suceder con la segura confianza de que este es el mandato de Cristo.

10. Si alguien no puede hacer esta jactancia, y sin embargo quiere enseñar y gobernar en la iglesia, sería mejor para él, como dice Cristo, que fuera hundido en el profundo mar

con una piedra de molino alrededor de su cuello. Tal persona no predica ni produce otra cosa sino las mentiras del diablo y la muerte. Antes, aun después que nuestros papistas por mecho tiempo habían enseñado, imaginado y hecho mucho por lo cual pensaban que serían salvos, sus corazones y pensamientos todavía retenían la duda: “¿Quién sabe si agrada a Dios o no?” Así la enseñanza y las obras de todos los herejes y sectarios ciertamente no es tal confianza en Cristo, sino solo están promoviendo su doctrina con su propia gloria al buscar la alabanza y el elogio de la gente.

11. “No que estemos capacitados”, dice, “para hacer algo por nosotros mismos”. Como se dijo, estaba hablando todo esto contra los espíritus falsos. Ellos se consideran excelentemente capaces, especialmente creados y escogidos para ayudar a la gente; piensan que lo que dicen no logra más que puros milagros.

12. Nosotros, sin embargo, sabemos que somos del mismo barro y marga de que son hechos ellos; hasta tenemos un llamamiento mayor de Dios. Sin embargo, no podemos jactarnos de que podamos hacer algo de nosotros mismos para auxiliar o ayudar a la gente. Ni siquiera podemos imaginar cómo pueden ser ayudados. Todo lo que se trata de este asunto de cómo podemos estar ante Dios y llegar a la vida eterna no es nuestro hacer ni habilidad, tampoco fluyó de nuestras cabezas. En otros asuntos que tratan de nuestra forma temporal de vida, puedes jactarte y afirmar lo que la razón te enseña y lo que puedes inventar de tu cabeza, tal como la forma de hacer zapatos y ropa o cómo manejar la casa, el terreno y el ganado. Allí puedes enfocar tus pensamientos tan bien como puedes, para que la tela o el cuero se extienda o se corte como el sastre o el zapatero piensa mejor. Sin embargo, los pensamientos humanos realmente no tienen lugar en estos asuntos espirituales, sino otros pensamientos, destrezas y habilidades que Dios mismo muestra y da por su palabra.

13. ¿Qué persona jamás imaginó ni comprendió que las tres personas de la eterna esencia divina son un Dios; que la Segunda Persona, el Hijo de Dios, tuvo que hacerse hombre, nacido de una virgen; y que no podía haber otro camino a la vida sino que él fuera crucificado por nosotros? Esto, por supuesto, nunca se habría oído ni predicado, y nunca habría sido conocido, aprendido ni creído en toda la eternidad, si Dios mismo no lo habría revelado.

14. Por esto, son grandes necios ciegos y gente ofensiva los que quieren jactarse de sí mismos en estos asuntos altos y piensan que la gente recibe ayuda cuando predicán cualquier cosa que se les ocurra y que hayan inventado. Antes en la iglesia todos enseñaban e introducían cualquier cosa que les parecía bien. Los monjes y los sacerdotes diariamente introducían nuevos santos, peregrinajes, oraciones especiales, obras y sacrificios para borrar el pecado, rescatar las almas del purgatorio, etc. Estas no son personas que tienen su confianza en Dios por Cristo, sino los que desafían tanto a Dios y a Cristo y que plantan e inscriben en los corazones humanos (en donde solo Cristo debe estar) nada sino la suciedad y las mentiras del diablo. Sin embargo, piensan que solo ellos son capaces de todo lo que se debe enseñar y hacer; son doctores y santos hechos en casa que pueden hacer todo sin Dios y Cristo.

“al contrario, nuestra capacidad proviene de Dios,” (2 Corintios 3:5)

15. “Por nosotros mismos”, es decir, de nuestra sabiduría y poder, “no podemos lograr, encontrar ni enseñar nada con que podamos auxiliar y ayudar a nosotros mismos ni a otros. Más bien, el que podamos producir algo bueno en ustedes y escribirlo en sus corazones por nuestra predicación es obra de Dios. Él pone en nuestro corazón y boca lo que debemos decir, y además imprime esto en su corazón por el Espíritu Santo. Por tanto, no podemos atribuir nada a nosotros mismos ni buscar nuestra propia gloria de ello (como los espíritus arrogantes enseñados por ellos mismos), sino debemos dar solo a Dios el honor y jactarnos de que por su gracia y poder él obra para su salvación por el oficio que nos ha dado”.

16. Ahora, todo esto lo dice para que en la iglesia no se predique ni se haga nada excepto solo lo que seguramente es la palabra de Dios, porque no se permite hacer ni emprender nada basado en las opiniones humanas. Nadie puede hacer nada aquí, y ningún pensamiento ni poder se permite, excepto lo que viene de Dios mismo, como San Pedro también dice: “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da” (1 Pedro 4:11). En resumen, si alguien quiere ser listo y jactarse de su gran habilidad, dones y poder, que lo haga en otros asuntos; aquí, que se quede en casa con eso y pase por alto todo jactarse y declarar. Lo que es importante no es que la gente vea lo que tú eres o puedes hacer, sino que las pobres almas estén seguras de que tienen la palabra y las obras de Dios, por las cuales pueden ser salvas.

“el cual asimismo nos capacitó para ser ministros de un nuevo pacto, no de la letra, sino del Espíritu, porque la letra mata, pero el Espíritu da vida.” (2 Corintios 3:6)

17. Aquí comienza a exaltar el oficio de predicar el evangelio y su poder contra la jactancia de los falsos apóstoles y todas las otras enseñanzas, aun la de la ley de Dios. Ciertamente no somos capaces y no tenemos nada de que jactarnos en nuestra actividad humana, porque ella no es ni produce nada, aun cuando lucha más altamente por lo que la ley misma de Dios enseña y exige. Nosotros, sin embargo, tenemos algo mucho mejor de que jactarnos que nuestro propio hacer, porque hemos sido hechos capaces por Dios para un oficio excelente que se llama “el nuevo testamento”. Esto no solo es mucho mejor que todo lo que la gente puede enseñar y dar de su sabiduría, destreza y habilidad, sino también es mucho más glorioso que la predicación y el oficio que se llama “el antiguo testamento”, que Moisés antes dio a los judíos. Este es un oficio que, a diferencia de la otra enseñanza, no solo se queda con la palabra que se enseña y se explica, sino el Espíritu Santo obra por medio de ella en el corazón. Por eso, se llama un oficio no “de la letra, sino del Espíritu”, etc.

18. Este texto acerca del Espíritu y la letra antes fue un pasaje completamente desconocido para nosotros, totalmente confundido y marchitado por nuestras invenciones humanas sin valor. Aunque yo debía ser ya un doctor de la Sagrada Escritura, no entendía nada de él, y nadie me lo podía enseñar. Todavía hoy, todo el papado no puede decir lo que significa. De hecho, aun los maestros antiguos, Orígenes,

Jerónimo y otros, no descubrían el significado de San Pablo. Esto no sorprende, porque en sí es una enseñanza muy por encima del entendimiento humano, cuando entra la razón con sus pensamientos humanos, se desvía y no sabe qué hacer con él. La razón no conoce más que la ley y los Diez Mandamientos. Se agarra de ellos e insiste en ellos. No puede concluir más que esto: “Dios es misericordioso con los que viven y actúan como exigen los mandamientos”. La razón no sabe nada de la miseria de nuestra naturaleza que es tan corrompida que nadie puede guardar los mandamientos de Dios. Toda la gente está bajo el pecado y la condenación, de modo que ninguna otra cosa les podría ayudar sino que Dios tenía que dar a su propio Hijo por el mundo y establecer una predicación diferente por la cual se nos proclaman la gracia y la reconciliación. Ahora, todo el que no entiende este alto asunto del cual San Pablo habla, también tiene que perder el entendimiento correcto de sus palabras. Más bien, esto tuvo que ser nuestra experiencia, puesto que habían pasado por alto las Escrituras y las Epístolas de San Pablo, y más bien nos revolcamos en nuestras invenciones humanas sin valor, como los cerdos en su suciedad. Por tanto, tenemos que elucidar esto otra vez y aprender a entender correctamente las palabras de San Pablo.

19. De Orígenes y Jerónimo (aunque San Agustín tiene un poco del entendimiento correcto), la gente ha aprendido a entender “letra” y “Espíritu” de tal modo que “letra” significa (como ellos dicen) el significado y entendimiento escrito. Esto ciertamente no se diría incorrectamente si explicaran correctamente estas palabras. Dice que “el significado escrito” es el relato histórico que la Escritura contiene según las palabras y en el entendimiento que las palabras dan naturalmente. Dicen, sin embargo, que “el significado espiritual” es cuando hay otro entendimiento secreto debajo de esas palabras.

Por ejemplo, la Escritura dice que la serpiente persuadió a la mujer a comer del fruto del árbol prohibido y también dio a su esposo, quien lo mordió, etc. Esto, dicen, es “la letra”. “El espíritu”, sin embargo, es la interpretación espiritual de que la serpiente significa la tentación mala que atrae al pecado; la mujer es la sensualidad carnal en que tales tentaciones y atracciones son activas y se sienten; y Adán, el hombre, es la razón, la parte más alta del hombre (dicen ellos). Ahora, si la razón no asiente a los sentidos externos, no hay peligro; si, por otro lado, es movida y da su asentimiento, entonces ha sucedido la caída.

20. Así Orígenes fue uno de los primeros de jugar en la Escritura, y llevó a muchos tras él, de modo que se considera la destreza más alta hacer muchas explicaciones forzadas por el estilo y llenar la iglesia con ellas. En esto han tratado de imitar a San Pablo, quien en Gálatas 5[4:22-24] explica la historia de que Abraham tuvo dos hijos: uno por la libre, o la señora de la casa, y la otra por la sirvienta. Así las dos mujeres son los dos testamentos (dice San Pablo): una produce solo esclavos (lo cual es lo que aquí llama “el ministerio de la letra”; la otra lleva a la libertad o (como dice aquí) es “el ministerio del Espíritu”, que vivifica. Los dos hijos son las dos clases de gente, una de las cuales se queda solo con la ley, mientras la otra apropia y cree el evangelio.

Esto ciertamente es una interpretación diferente de lo que se lee en la historia y el texto mismo, como San Pablo mismo dice. Es una alegoría, es decir, una forma oculta de hablar o una interpretación secreta. Sin embargo, no dice que por esto el texto mismo es la letra que mata y que la alegoría o la interpretación secreta es el Espíritu. Los falsos maestros pretenden que en todas partes en la Escritura el texto o la historia en sí no es nada sino “una letra muerta”, y su interpretación es “el Espíritu”. Sin embargo, esta interpretación no les lleva más lejos que a la enseñanza de la ley, que no es otra cosa sino precisamente lo que San Pablo llama “la letra”.

21. Aplica la palabra “letra” despectivamente a la ley (que también es la palabra de Dios) en comparación con el oficio y la predicación del evangelio. Este es su nombre para la enseñanza de los Diez Mandamientos acerca de cómo debemos ser obedientes a Dios, honrar a padre y madre, amar a nuestro prójimo, etc., y así todas las mejores enseñanzas en todos los libros, las escuelas, los sermones, etc.

Aplica la palabra “letra” a todo lo que se enseña, regula o escribe en tal forma que queda palabra o escritos o aun pensamientos que pueden ser pintados, escritos o hablados, pero no es escrito en el corazón ni vive en el corazón. Esto se refiere a toda la ley de Moisés o los Diez Mandamientos (que es la enseñanza más alta), sin importar si se lee, se oye o se piensa, como cuando me siento y pienso del Primer Mandamiento: “No tendrás otros dioses ajenos de mí”, etc, el Segundo, el Tercero, etc. Puedo leer, escribir, hablar de y considerar esto con todo mi pensar, así como cuando oigo el mandato del emperador o el gobernante que dice: “Haz esto; no hagas aquello”. San Pablo llama todo esto “la letra” o (como lo hemos llamado en otra parte) un “significado escrito”.

22. Opone a esto otra enseñanza o predicación, que llama “el ministerio del nuevo testamento y del Espíritu”. Esto no enseña lo que tú debes hacer (ya has oído eso), sino te enseña lo que Dios quiere hacer por ti y darte, de hecho, ya lo ha hecho cuando dio a su Hijo, Cristo, por nosotros. Lo dio porque, debido a nuestra desobediencia a la ley que nadie cumple, estábamos bajo la ira y la condenación de Dios, de modo que él pagaría por nuestros pecados, nos reconciliaría con Dios, y nos daría su justicia, etc. No oyes nada de nuestro hacer, sino de las obras de Cristo, puesto que solo él nació de una virgen, murió por el pecado y resucitó de la muerte, algo que nadie más podía hacer. Esta es la predicación que se revela solo por el Espíritu Santo y que trae consigo al Espíritu Santo, de modo que obra por medio de él en los corazones humanos para que oigan y acepten esta predicación. Por esto lo llama un “ministerio o predicación del Espíritu”.

23. Con estas dos palabras, “letra” y “Espíritu”, ahora quiere contrastar las dos clases de predicación y amplificar más su oficio y sus ventajas en comparación con todos los demás, que se jactan de que son maestros excelentes y fingen que tienen mucho espíritu. Habla intencionadamente cuando no llama los dos sermones con sus nombres “ley” y “evangelio”, sino da a cada uno el nombre de la obra que produce. Da un nombre muy glorioso al evangelio, puesto que lo llama “un ministerio del Espíritu”. Por otro lado, da

un nombre algo despectivo a la ley, como si no quiere darla el honor de llamarla la ley o el mandamiento de Dios, cosa que seguramente es, y él mismo después confiesa que se dio a Moisés y fue encomendado a los hijos de Israel con gran gloria.

24. ¿Por qué hace esto? ¿Debemos, luego, menospreciar la ley de Dios o no guardarla? ¿No es algo fino y bello vivir casta y honorablemente por causa de la justicia? Dios plantó esto en la razón; todos los libros lo alaban; el mundo se tiene que gobernar de esta forma.

Respuesta: la preocupación principal de San Pablo es destruir la jactancia y las pretensiones de los falsos predicadores y a enseñarles a entender y considerar correctamente el poder de su predicación del evangelio. Cuando los judíos vuelan alto (quiere decir) con la jactancia de la ley de Moisés, diciendo que recibieron la ley de Dios escrita en dos tablas de piedra; y asimismo, cuando los predicadores de la ley, juristas santos y doctos, etc., se jactan de que han hecho mucho y vivido bien, etc., ¿qué es todo eso en comparación con la predicación del evangelio? Ciertamente se puede llamar un sermón excelente bien enseñado, pero todavía no es más que algo enseñado, hablado o escrito. Se queda con las palabras: “Amarás a Dios con todo tu corazón, y a tu prójimo como a ti mismo” (Mateo 22:37,39). No viene nada más de esto; aunque hayan hecho mucho y vivido por largo tiempo, todavía no tienen nada. Solo son vainas vacías sin chícharos, cáscaras sin nueces.

25. Es imposible guardar la ley sin Cristo, a menos que alguien por amor al honor o los bienes o por temor al castigo finja externamente ser justo.

Si la gracia de Dios en Cristo se desconoce, el corazón no puede volverse a Dios ni confiar en él, ni tener amor y deseo por sus mandamientos. La naturaleza no puede ser forzada voluntariamente, y a nadie le gusta ser como un cautivo en cadenas, y en donde tiene que doblarse y quebrantarse bajo la espada o vara y castigo del verdugo, entonces ciertamente está indispuerto y solo se enciende más contra la ley, y su corazón siempre dice: “¡Ojalá estuviera libre para hurtar, robar, acumular, seguir mis deseos!”, etc. Si es obligado a la fuerza, preferiría que no hubiera ley ni Dios, etc.

Esto todavía sucede cuando la gente aplica esta enseñanza a la persona externamente, y sin embargo exige alguna disciplina corporal.

26. Sin embargo, esta desobediencia realmente es mucho peor internamente, cuando el corazón es realmente afectado por la ley, cuando tiene que presentarse ante el tribunal de Dios y sentir el veredicto de la condenación. Oiremos esto en la parte siguiente del versículo, en donde el apóstol dice: “la letra mata”. Aquí, primero, es la dificultad verdaderamente grande, cuando la naturaleza vocifera y declama contra la ley con calumnias internas y con los frutos del odio y la enemistad contra la ley, cuando huye de Dios y es terriblemente airado por el tribunal divino, cuando comienza a disputar si gobierna justamente, a saber, si es el Dios verdadero. Con tales pensamientos se cae siempre más profundamente en la duda, las quejas y la impaciencia, hasta que finalmente (si no recibe la ayuda del evangelio) se desespera completamente, como

Judas o Saúl, y brota en calumnias y maldiciones contra Dios y todas las criaturas. San Pablo llama esto, especialmente, el pecado que se produce en el corazón humano por la ley y que mata a los hombres (Romanos 7:8).

27. Por esto puedes ver por qué la ley se llama “la letra”; es decir, aunque es una enseñanza excelente y buena, todavía queda afuera y no entra en el corazón, de modo que viviera y se cumpliera allí. La naturaleza es tan mala que no se hará recta con la ley ni puede hacerlo, y la raza humana es tan corrupta que no hay nadie que no trasgreda todos los mandamientos de Dios, aunque la ira y la eterna condenación de Dios fuera predicada y se le mostrara diariamente. Sí, cuando esto realmente lo presiona, solo comienza a enfurecerse contra ello tanto más horriblemente.

28. Por tanto, el resumen es que, aunque juntáramos todos los mandamientos y alabáramos y exaltáramos tal predicación tan altamente como sea posible, todavía no es más que una letra, es decir, algo enseñado y dicho pero no hecho. “La letra” significa toda clase de mandamientos, enseñanza y predicación que solo queda como palabra en el papel, y así no sucede nada. Es como si un príncipe o un senado promulgara un mandamiento que no se guarda, de modo que no queda otra cosa sino una carta abierta en donde está escrita lo que debe suceder, pero nada resulta. Así también el mandamiento de Dios, mientras no se guarda, aunque es la enseñanza más alta y la voluntad eterna de Dios, tiene que tolerar que la gente haga de ella solo una carta vacía o una cáscara vacía, de modo que sin el corazón y el fruto no trae ninguna vida ni felicidad. Entonces bien se podría llamar una tabla de omisión, a saber, una tabla en que se escribe no lo que hacemos, sino lo que omitimos hacer y (como dice el mundo) un “mandamiento señorial” que nunca se guarda ni se cumple. San Agustín lo entendió de esta forma y dijo sobre el Salmo 17: “¿Qué es la ley sin la gracia excepto una letra sin espíritu?” La naturaleza no puede guardar la ley si Cristo no está allí con su gracia.

29. Por otro lado, cuando San Pablo llama el evangelio “un ministerio del Espíritu”, lo hace para señalar su poder, porque obra en forma muy diferente en los corazones humanos de lo que hace la ley, a saber, trae consigo al Espíritu Santo y hace un corazón completamente nuevo. Cuando una persona que ha sido impulsada al susto y la ansiedad por la predicación de la ley escucha esta predicación, ya no le dice lo que Dios exige de él, sino más bien lo que ha hecho para él, y le señala no sus obras, sino las obras de Cristo. Le dice creer y estar seguro de que por amor a su Hijo perdonará sus pecados y lo aceptará como su hijo.

Cuando acepta y cree esta predicación, su corazón inmediatamente se levanta y se consuela, de modo que ya no huye de Dios sino vuelve a él. Porque encuentra y siente la gracia y la misericordia con él, inmediatamente comienza a sentirse amistoso hacia él, e invocarlo desde el corazón, y a considerarlo y honrarlo como su querido Dios. Entre más que se fortalezca tal fe y consuelo, más aumenta su deseo y amor por sus mandamientos y la obediencia a ellos. Por eso, Dios siempre quiere que se resalte la palabra del evangelio para despertar el corazón humano, para que reconozca esto y recuerde la gran gracia y bondad de Dios, y así se fortalezca siempre más el Espíritu

Santo. Todo esto no es el poder ni la obra de la ley o del hombre, sino un poder nuevo, celestial del Espíritu Santo, que imprime a Cristo y sus obras en el corazón y hace un pequeño libro verdadero de ello, que no es letras ni escritura sola, sino verdaderamente es vida y acción.

30. Dios antes prometió dar al Espíritu por medio de la nueva predicación del evangelio (Joel 2:28-29 y en otras partes). Esto luego se demostró en ejemplos públicos y se experimentó en la predicación externa del evangelio, tal como en el Pentecostés y después, cuando los apóstoles, San Pedro y otros, comenzaron a predicar y el Espíritu Santo visiblemente se bajó del cielo sobre los oyentes (Hechos 8:17; 10:44). Antes, mientras se realizaba la predicación de la ley, nadie había oído ni visto tales cosas, de modo que tenemos que ver y comprender que esta fue una predicación muy diferente, puesto que fue seguida por tal poder y operación. Sin embargo, no dijo más de lo que dice San Pablo: “Por medio de él se os anuncia perdón de pecados, y que de todo aquello de que no pudisteis ser justificados por la Ley de Moisés, en él es justificado todo aquel que cree” (Hechos 13:38–39).

31. Aquí ya no vemos las letras vacías y las cáscaras de la ley, que siempre exhorta y dice: “Haz y guarda esto”, y sin embargo, nada se hace ni se guarda. Más bien, vemos la nuez y el poder verdadero que Cristo trae con su plenitud del Espíritu, de modo que los que creen la palabra del evangelio con verdadera seriedad también gozan su plenitud, y se les imputa como si hubieran cumplido los Diez Mandamientos. Juan dice: “De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia, porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:16–17). “Por medio de Moisés”, dice, “la ley ciertamente fue dada”. ¿Pero qué es esta, y qué hace? Es una predicación valiosa y pinta un cuadro muy precioso de cómo la persona debe actuar hacia Dios y toda la gente. Es una carta y escrito hermoso, pero queda vacío y no entra en ningún corazón. Por tanto, se llama y queda “ley”, sin poder ni cumplimiento, porque no hay más allí.

Sin embargo, si debe haber cumplimiento, luego otro hombre que no sea Moisés tiene que venir y traer algo diferente de lo que se llama “la ley fue dada”, a saber, “la gracia y la verdad sucedieron y vinieron”. Estas son dos cosas diferentes, “la ley fue dada” y “la verdad vino”, así como la enseñanza y el hacer son dos cosas diferentes. Moisés ciertamente enseña y habla, pero no puede cumplirla él mismo ni dar que otros lo hagan. Sin embargo, si debe suceder y ser hecho, luego el Hijo de Dios con su plenitud es necesario. Él ha hecho esto por sí mismo y lo ha cumplido; además, presenta esto a nosotros y lo da en nuestros corazones vacíos, de modo que nosotros también podamos llegar a esta misma plenitud.

Sin embargo, esto sucede en tal forma que “recibimos gracia sobre gracia”; a saber, gozamos su gracia, y por amor a Aquel que no tiene nada sino la plena gracia de Dios, nosotros también somos aceptados a la gracia, aunque en nosotros todavía no tenemos la plena obediencia de la ley. Luego, cuando hemos recibido este consuelo y gracia, también por su poder recibimos al Espíritu Santo, de modo que esto no se queda solo

letras vacías en nosotros sino también llega a la verdad y comienza a cumplir los mandamientos de Dios, sin embargo, en tal forma que siempre es traído de su plenitud y bebido de esta fuente.

32. San Pablo habla de esta forma en Romanos 5 cuando compara a Adán y Cristo. Adán, dice, fue la fuente que, por su desobediencia en el Paraíso, llenó al mundo con el pecado y la muerte, de modo que por el pecado de este único hombre la condenación ha venido sobre toda la gente. Por otro lado, sin embargo, Cristo con su obediencia y justicia también se hizo para nosotros la fuente y plenitud de la cual también somos justificados y hechos obedientes. Esta plenitud es mucho más plena y abundante que la otra. Aunque el pecado y la muerte vinieron sobre toda la gente por un pecado de un hombre, y la ley fue agregada para que por medio de ella el pecado se hiciera mucho más poderoso y fuerte, sin embargo, por otro lado, la gracia y el don en Cristo es tan sobreabundante y poderoso que inunda y borra no solo el único pecado de aquel un Adán (que antes había hundido a toda la gente en la muerte), sino también todo el pecado. Ahora los que reciben la plenitud de la gracia y el don para justicia (dice), tanto más reinarán en vida por el único Jesucristo, etc.

33. Así puedes ver la distinción entre estas dos clases de predicación y por qué San Pablo alaba la predicación del evangelio y la llama “un ministerio del Espíritu” y, por otro lado, llama la ley “solo una letra vacía”. De esta forma quisiera rebatir el reto de los falsos apóstoles y predicadores que ellos basaron en su judaísmo y la ley de Moisés cuando fuertemente dijeron al pueblo: “Amigos, que Pablo enseñe como quiera. Con todo eso, no derrocará a Moisés, que recibió la ley de Dios en el monte Sinaí, es decir, los mandamientos irrevocables de Dios, que se tienen que guardar si alguien va a salvarse”.

34. Asimismo, en nuestro tiempo los papistas, los anabaptistas y otras sectas claman contra nosotros: “¿Por qué predicar tanto acerca de la fe y de Cristo? ¿Cómo mejora esto a la gente? La ley verdaderamente se tiene que cumplir”. Tales afirmaciones ciertamente parecen ser algo, pero cuando se miran en la luz, no son más que palabrería vacía y sin valor. Si quieren hablar de hacer y obrar, los Diez Mandamientos ya están allí, los cuales nosotros enseñamos y promovemos tanto como ellos. Ciertamente habría suficiente, con que se pudiera predicar para que inmediatamente si cumplieran.

Sin embargo, la cuestión es si lo que se predica sucede, de modo que no se quede solo palabras y (como dice San Pablo) letras. Estamos unidos en predicar esto, y no hay duda de que la gente debe enseñar los Diez Mandamientos y también cumplirlos siempre más. Nuestra queja, sin embargo, es que esto no sucede. Por tanto, debemos tener algo más aquí, para que también sepamos cómo producir que también se cumplan. ¿Cómo se nos ayuda cuando solo se predica que Moisés y la ley dicen: “Deben hacer esto; Dios quiere tener esto de ustedes”? Sí, querido Moisés, ciertamente oigo esto, y seguramente es correcto y verdadero. Pero dime de una vez en dónde pueda encontrar lo que desafortunadamente no he cumplido ni puedo cumplirlo. No sirve pagar dinero de un bolsillo vacío ni tomar de una copa vacía. Estos palabreros no saben qué decir de esto,

sino siguen exhortando y afligiendo con la ley; dejan a la gente estancada en sus pecados y se burlan a su perjuicio.

35. Esta es la forma en que San Pablo aquí pinta a los falsos apóstoles y los sectarios perniciosos similares que se jactan altamente que saben todo mejor y que pueden enseñar mucho más que los predicadores verdaderos del evangelio. Aun cuando se jactan más altamente y pretenden que han emprendido grandes cosas con su predicación, todavía no es otra cosa sino solo letras vacías, sí, todavía está lejos de ser tan buena como la predicación de Moisés. Él ciertamente fue un predicador excelente e hizo cosas mayores que cualquiera de ellos pueda hacer, y sin embargo con su predicación de la ley y su gobierno no podía hacer nada mejor que dejar que su mensaje siga siendo letras y antiguo testamento. Dios tuvo que dar una predicación diferente y un nuevo testamento, que también da al Espíritu.

“Predicamos esto”, dice San Pablo, y ciertamente tenemos otra jactancia, si es que debe haber jactancia. “Ciertamente retamos a todos ellos, porque enseñan solo lo que la gente debe hacer (lo cual ellos mismos no hacen); también señalamos y producimos que se cumpla y se viva la ley. Por esto nuestra predicación con justicia se llama no el testamento antiguo de la letra muerta, sino la predicación del nuevo testamento y del Espíritu viviente”.

36. No necesitas preocuparte de que algún sectario haga ni pueda hacer esto, aunque se jacte mucho del Espíritu. No saben más ni pueden avanzar más que señalar tus propias obras. Sí, aunque hablen de Cristo, no presentan más que su ejemplo, que debemos ser pacientes en el sufrimiento, etc. En resumen, sin la predicación de la fe en Cristo, ningún nuevo testamento se puede predicar ni puede el Espíritu entrar en el corazón. Más bien, todo lo que la gente enseña, emprende, piensa, hace y de que son capaces siguen siendo solo letras, sin gracia, verdad ni vida. Sin Cristo el corazón no se cambia, mejora ni vivifica más que el libro en que están escritos los Diez Mandamientos, o las piedras en las cuales fueron cincelados, los pueden cumplir.

“porque la letra mata, pero el Espíritu da vida.” (2 Corintios 3:6)

37. Este es hablar en forma mucho más dura contra la jactancia de la predicación de la ley y alabar mucho más gloriosamente el ministerio del evangelio. ¡Seguramente el apóstol se hace demasiado atrevido cuando osa atacar la ley y decir que no solo es una letra vacía sino también la clase de enseñanza que no hace otra cosa sino matar! Esto no se llama una predicación buena y benéfica, sino solo una perniciosa. ¿Quién hablaría de esta forma si no quería ser un hereje maldecido por el mundo entero y ejecutado como un blasfemo, si no haya sido San Pablo mismo que hizo eso? Ahora, él mismo debe alabar la ley o el mandamiento de Dios y decir que es buena y preciosa y no debe ser despreciada ni pasada por alto, sino confirmada y cumplida (como Cristo también dice), de modo que ni una jota de ella perezca. ¿Cómo, entonces, sucede que habla tan mal y hasta con insultos acerca de la ley, llamándola fundamentalmente nada sino muerte y veneno?

Bien, es una alta enseñanza que la razón no entiende y que el mundo, especialmente los que quieren ser santos y justos, no pueden tolerar para nada. No se dice otra cosa sino que todas nuestras obras, por preciosas que sean, no son nada sino muerte y veneno.

38. Sin embargo, San Pablo también quiere forzosamente abolir la jactancia de los falsos maestros e hipócritas y señalar lo que es y hace su predicación, aun en el mejor de los casos, puesto que solo tienen la ley y Cristo no se predica ni se conoce. Dicen y se jactan espléndidamente: “Si vives de esta forma y te dedicas a guardar los Mandamientos y hacer muchas buenas obras, serás salvo”. Pero estas no son nada sino palabras sin fruto, hasta una enseñanza pernicioso. Si la gente no oye nada sino esta predicación y depende de ella, después hallará que no es seguido por ningún consuelo ni vida, sino solo la duda y la ansiedad, hasta la muerte y destrucción.

39. Cuando alguien ve que no ha guardado los Mandamientos de Dios, y sin embargo la ley continuamente obra en él, exige que pague su deuda, y le reprocha solo con la ira temible de Dios y la eterna condenación, luego tiene que hundirse en la desesperación por sus pecados. Esto tiene que seguir cuando la gente no alcanza nada sino la ley y tiene la idea de que pueda ir cielo de esta forma. Similar es el ejemplo en *Vida de los padres* de un gran eremita que vivía estrictamente pasando los setenta años e obtuvo muchos discípulos que lo imitaban. Cuando llegó el tiempo para que muriera, comenzó a temblar y estuvo en gran angustia por tres días enteros. Sus discípulos lo consolaron y le preguntaron por qué no quería morir, puesto que había llevado una vida tan santa. Dijo: “Toda mi vida he servido a Cristo y vivido estrictamente, pero el tribunal y el veredicto de Dios es muy diferente del de los hombres”.

40. Este hombre excelente, que llevó una vida tan santa, no conoce otro artículo excepto el del juicio de Dios conforme a su ley; no tiene el consuelo del evangelio acerca de Cristo. Más bien, cuando ha vivido mucho tiempo conforme a los Mandamientos de Dios y está preparado para ser salvo de esta manera, luego allí está la ley y lo mata por sus propias obras, de modo que tiene que decir: “¿Quién sabe qué dirá Dios de esto? ¿Quién puede pararse ante su tribunal?”, etc. Esto es privarse del cielo por su propia conciencia. Lo que ha hecho y cómo vivió no lo ayuda, sino solo lo hunde más profundo en la muerte, porque no tiene el consuelo del evangelio. Otro, tal como el ladrón en la cruz o el cobrador de impuestos, que gastó su vida en pecados abiertos, se acoge de la consolación del evangelio, es decir, el perdón de los pecados en Cristo, y así vence el pecado y el veredicto de la ley, de modo que pasa por la muerte a la vida eterna.

41. Por esto, también entendemos lo que significan las otras palabras: “el Espíritu da vida”. Esto no es otra cosa sino que el santo evangelio, una predicación benéfica, salvadora y una palabra querida y consoladora, que consuela y refresca el corazón angustiado, lo arrebató como de la fauces de la muerte y el infierno, y le da la segura esperanza de la vida eterna por la fe de Cristo. Cuando llega la hora y enfrenta la muerte y el juicio de Dios, no pone su confianza en sus obras. Más bien, aunque ha vivido

mejor que todos, todavía dice con San Pablo: “Aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado” (1 Corintios 4:4).

42. Esto significa sencillamente haberse caído de confiar en sí mismo y toda su vida, aun mortificar a uno mismo, de modo que el corazón diga: “No soy ni justificado ni salvo de esta forma”, que no es otra cosa sino morir y ser condenado. Pero el Espíritu a la vez lo arranca de esto y lo levanta por la fe en el evangelio, que dice (así como San Bernardo también dijo en la hora de su muerte: “Querido Señor Jesús, sé que aunque haya vivido lo mejor, todavía he vivido en forma que me condena. Pero me consuelo porque tú moriste por mí y me has esparcido con tu sangre por tus santas heridas. He sido bautizado sobre ti y he oído tu palabra, por la cual me has llamado, me has dado la gracia y la vida, y me has dicho creer. Confiando en eso partiré, pero no con los pensamientos inciertos y ansiosos de duda: ‘¿Quién sabe qué veredicto pronunciará Dios en el cielo sobre mí?’”

No, el cristiano no debe decir esto. Puesto que el veredicto sobre mis obras y vida ya se habló mucho tiempo atrás por la ley, debo reconocer que soy culpable y condenado. Sin embargo, ahora vivo por el veredicto misericordioso que Dios ha dado desde el cielo arriba y contra el veredicto de la ley: “El que cree en el Hijo tiene vida eterna” (Juan 3:36).

43. Ahora, cuando este consuelo del evangelio está presente y el corazón ha sido arrancado de la muerte y la angustia del infierno, luego el poder y la obra del Espíritu también seguirán, de modo que la ley de Dios también comienza a vivir en el corazón humano. Ahora obtienen un deseo y amor por la ley y comienzan a cumplirla y así comienza aquí la vida eterna, hasta que se complete en la vida venidera y quede eternamente.

44. Así puedes ver cuanto más glorioso y mejor es el ministerio o la predicación de los apóstoles acerca del nuevo testamento o el evangelio sobre todos los demás, que no es más que predicar sobre las grandes obras y santidad de la gente sin Cristo. Debemos ser amonestados y estimulados a escuchar gustosamente la predicación del evangelio y agradecer alegremente a Dios por ello cuando escuchamos que es una predicación tan poderosa que trae a las personas la vida, las libra eternamente de la muerte y tiene la promesa de que el Espíritu Santo ciertamente está presente y se da a los que lo creen.

“Si el ministerio de muerte grabado con letras en piedras fue con gloria, tanto que los hijos de Israel no pudieron fijar la vista en el rostro de Moisés a causa del resplandor de su rostro, el cual desaparecería, ¿cómo no será más bien con gloria el ministerio del Espíritu? Si el ministerio de condenación fue con gloria, mucho más abundará en gloria el ministerio de justificación,” (2 Corintios 3:7–9)

45. San Pablo está extasiado y rebosa con palabras en su deseo de alabar el evangelio. Una vez más, trata áspera y duramente con la ley, la cual llama un ministerio o predicación de la muerte y la condenación. ¿Cómo podría haber llamado la ley más horriblemente que llamarlo una predicación de la muerte y el infierno? Asimismo, la

llama “una predicación o ministerio del pecado (Gálatas 2:17) y, otra vez, “una predicación de la maldición”, etc. (Gálatas 3:10). Esto lleva muy fuertemente a la conclusión de que la ley y las obras no justifican a nadie ante Dios, porque ¿cómo puede lo que no predica otra cosa sino el pecado, la muerte y la condenación justificar y salvar?

46. Bien, San Pablo tiene que hablar de esta forma, como también se dijo arriba, debido a la vergonzosa arrogancia de tanto maestros y alumnos, cuya carne y sangre sencillamente quiere fornicar con la ley, traer sus propias obras ante Dios y jactarse de ellas, y sin embargo tan miserable y malvadamente les engaña para su propia destrucción. Cuando pega sus ojos y (como dice aquí) se ve su gloria, luego no hace otra cosa que matar a la gente y hundirla en la condenación.

47. Por tanto, un cristiano ciertamente puede aprender a aplicar este texto de San Pablo tanto contra la jactancia de los falsos maestros y las aflicciones y tentaciones del diablo cuando dirige su atención a la ley, para que la gente busque la justicia en sus propias obras, y el corazón se alarme aun hasta la muerte con pensamientos tales como: “Mira, realmente debes haber hecho esto y aquello si quieres ser salvo”. En tal lucha, la gente puede tomar la espada del mismo diablo y decir: “¿Por qué me afliges con la ley y mis obras? ¿Cómo es esto diferente de si me predicaras un largo sermón que solo imponía sobre mí el pecado, la muerte y la condenación? ¿Por qué debo buscar mi justicia ante Dios en eso?”

48. Lo que dice acerca de la gloria de la ley, de que se jactaban los maestros judíos de las obras, se toma de la historia de cómo se dio la ley, cuando Dios bajó del cielo con gran majestad y gloria, y hubo truenos y relámpagos, y la montaña estaba en medio de fuego, etc. Asimismo, cuando Moisés volvió de la montaña y trajo la ley, su rostro se brillaba con tales rayos que la gente no podía mirar su cara, sino él tuvo que poner un velo sobre su rostro, etc.

49. Debido a su jactancia, San Pablo procede contra ellos y dice: “Ciertamente fue una gloria, a saber, glorioso y majestuoso, pero todo lo que hizo fue compelerlos a huirnos de Dios y empujarnos a la muerte y el infierno”. Nosotros, sin embargo, tenemos y nos jactamos de otra gloria de nuestro ministerio. La historia en los Evangelios nos relata que Cristo también abiertamente dejó que sus discípulos vieran tal gloria cuando su rostro brillaba como el sol, etc., y Moisés junto con Elías estaba allí. Los discípulos no se huían de esto, sino lo miraban con sorpresa y gozo y dijeron: “Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí. Haremos una morada aquí para ti y Moisés”, etc.

50. Si comparas estos dos incidentes, entenderás lo que quiere decir. El resumen del asunto (como se dijo) es que la ley solo asusta y mata cuando su esplendor pega el corazón y se reconoce correctamente. Por otro lado, el evangelio da consuelo y gozo. Sin embargo, tomaría demasiado tiempo hablar más de lo que es el rostro cubierto y brillantemente descubierto de Moisés.

51. Es especialmente consolador cuando dice que el ministerio de la ley y la predicación son la clase de ministerio que cesa. Si no fuera así, no habría nada sino eterna condenación. Este “cesar” acontece, sin embargo, cuando comienza la predicación del evangelio acerca de Cristo. Moisés tiene que ceder y permitir esta predicación, de modo que ya no asuste la conciencia de los creyentes. Más bien, cuando la conciencia siente la gloria de Moisés, de modo que lucha y tiembla ante la ira de Dios, luego es tiempo para que la gloria de Cristo brille en el corazón con su luz dulce y consoladora. De esta forma podemos soportar a Moisés y Elías. La gloria de la ley, o el rostro descubierto de Moisés, solo debe brillar hasta que seas humillado e impulsado a desear el dulce rostro de Cristo. Cuando llegues a Cristo, ya no debes escuchar ni soportar a Moisés, que te asusta y te alarma; más bien, debes quedar bajo el Señor Cristo y dejar descubierto el consuelo y el gozo de su rostro.

Dice, en conclusión:

“porque aun lo que fue glorioso, no es glorioso en este respecto, en comparación con la gloria más eminente.” (2 Corintios 3:10)

52. Es decir, si miramos correctamente la gloria y la santidad que tenemos en Cristo por la predicación del evangelio, la gloria de aquella parte (que es solo una gloria pequeña, breve y cesante) no es gloriosa sino solo nubes oscuras en comparación con la luz de Cristo, que brilla e ilumina nuestro camino de salir del pecado, la muerte y el infierno a Dios y la vida eterna.